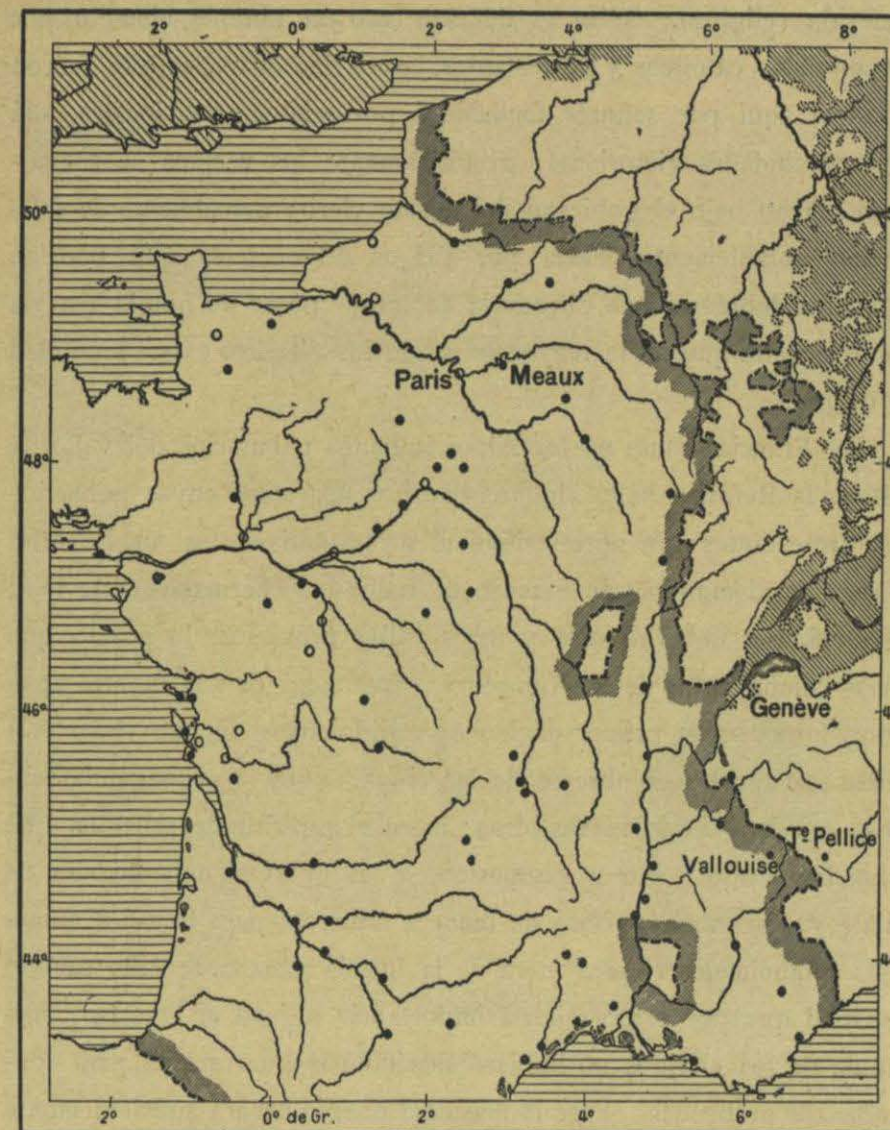


En primer lugar, las poblaciones de las dos penínsulas «latinas» de Europa, aquellas precisamente en que «renacimientos» sucesivos, con sus reformas correspondientes, habían precedido al gran Renacimiento y á la gran Reforma, permanecieron fuera del movimiento separatista. Respecto de España, la causa es bien evidente: el éxito incomparable de la autoridad monárquica, que lograba todo hasta el absurdo, había impulsado á la nación hacia el retroceso en todas las cosas. No solamente no podía ya el pueblo español en su conjunto participar en las rebeldías de la inteligencia, sino que apenas si algunos hombres libres conservaban la fuerza de pensar: las hogueras de la Inquisición se encendían para todos aquellos cuyas palabras no eran la fórmula consagrada, ni los actos repetición servil. Parece que los reyes de España hubieran podido obrar como los de Francia y concentrar entre sus solas manos el poder absoluto, pero de una parte y de otra de los Pirineos eran diferentes las condiciones. Ni los Fernando ni los Carlos V contaban con una larga tradición monárquica: en la época de la Reforma llegaban apenas á la posesión indiscutible de la península y la cooperación del clero era indispensable á la obra de expulsión de los Moros: la monarquía española sólo era fuerte por la Iglesia.

Italia, agotada por sus esfuerzos anteriores, se encontraba también en pleno período de reacción; el suelo, erial y como abrasado, no podía alimentar ya nuevos cultivos; hasta lo que había sido la exuberante Florencia no era más que una ciudad triste, sin vida moral y sin esperanza. Habiendo llegado á ser dueños absolutos de lo que había sido la república de los hombres libres, los Médicis tuvieron cuidado de sumir en la indolencia á los ciudadanos tan móviles y tan ingeniosos de la noble ciudad; para hacer de ellos vasallos fieles y sustraerles á la propaganda herética, prohibieron los viajes á aquellos hijos de viajeros «incomprensibles», á quienes se había comparado al «quinto elemento». Lograron constituir en rebaño los Florentinos, casi encerrarlos en una Bastilla, y cesando así de conocer el mundo exterior, fueron también ignorados del mundo. Aparte de algunas familias de Toscanos desterrados, de Ferrarenses fugitivos y de montañeses valdenses, herederos de la antigua «noble Leyczon», la historia de la Reforma señala apenas algunos nombres italianos.

N.º 377. Algunas iglesias calvinistas en Francia.



1 : 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

Meaux es la primera ciudad en que se desarrolló en Francia, hacia 1520, un movimiento análogo al de la Reforma. — En 1559 se celebró en París un sínodo protestante, en el que participaron doce iglesias cuyas residencias se señalan con un punto abierto.

Fuera de los límites de Francia, el territorio rayado indica los países rebeldes contra Roma. El Charolés formaba teóricamente parte del imperio alemán.

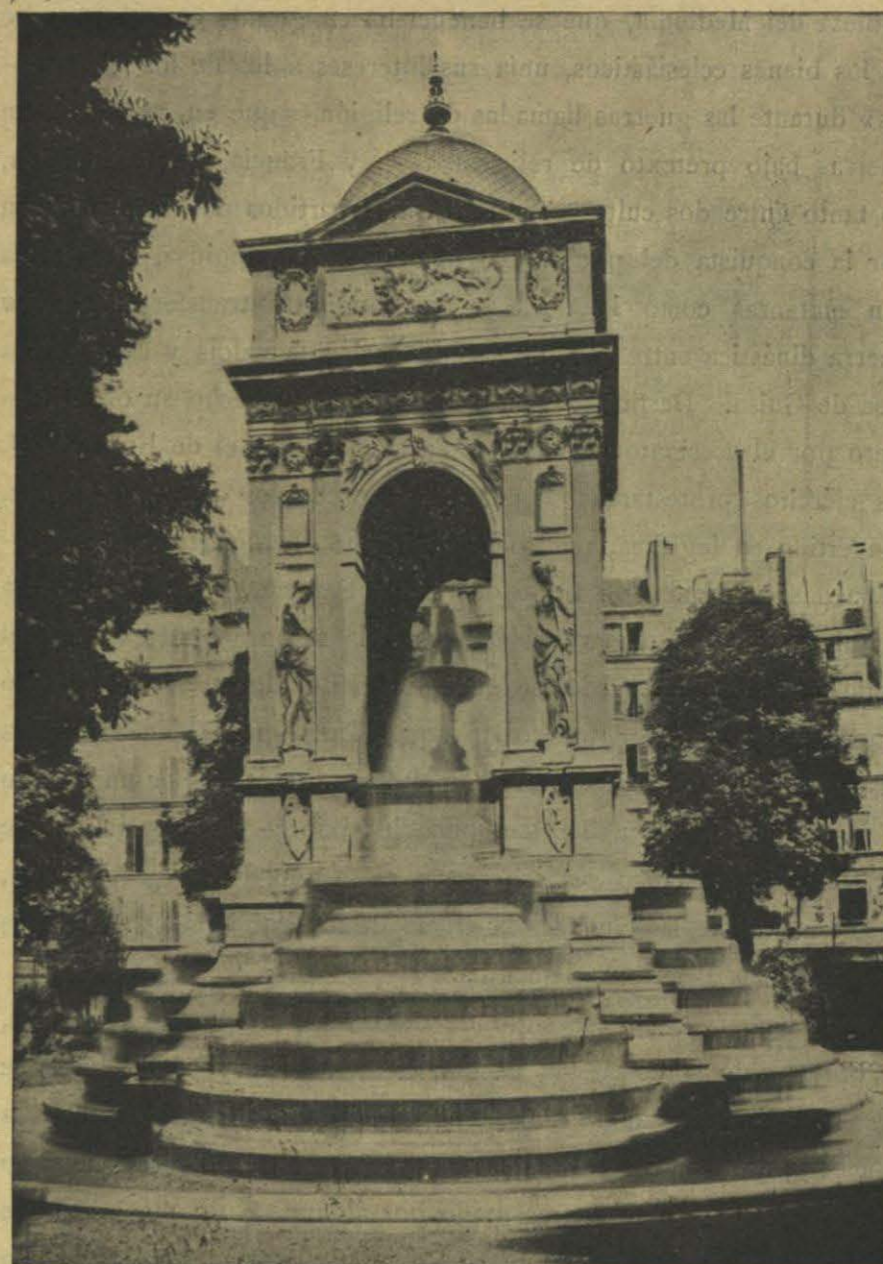
Verdad es que la influencia de los cuadros eclesiásticos, la educación clerical propia de cada Iglesia y la interpenetración, la alianza más ó menos íntima de los elementos de una misma denominación han tenido por consecuencia diferenciar y oponer en un contraste

claro y hasta violento algunas poblaciones limítrofes, distintas por la confesión religiosa. Suiza es de este caso un notable ejemplo por sus contornos católicos y protestantes, cuyos límites respectivos fueron trazados, aquí por señores feudales ó por aristocracias locales, allá por comunidades victoriosas: primitivamente los vecinos se asemejaban mucho bajo el gobierno del mismo clero; actualmente se diferencian notablemente, hasta por rasgos de carácter que podrían suponerse debidos á una diferencia de raza, á pesar de que la historia nos demuestra que en la mayor parte de los distritos existe identidad de origen.

En Francia, como en los Alpes italianos tributarios del valle de Pellice, la Reforma halló algunos distritos apartados cuyas poblaciones, protestantes con anterioridad al protestantismo, se anexionaron en seguida al mundo más extenso de todos los «hermanos en la fe»; los Delfineses del Vallouise y otros valles próximos, lo mismo que varias comunidades de los Cevennes, resucitadas de una muerte aparente, formaron el primer núcleo de religionarios, al que vinieron á unirse los numerosos obreros de las ciudades que la propaganda religiosa convirtió á las nuevas ideas; hasta el espíritu de rebeldía, que había impulsado á tantos campesinos á las guerras, expediciones de pillaje y «jacquerías», obró de manera indirecta para llevar á numerosas comunidades rurales fuera de la Iglesia romana, sencillo cambio de ritual que por sí no tendría importancia alguna si la clase amenazada de los clérigos no hubiera suscitado la guerra civil para conservar sus prebendas. Pero la masa del pueblo no era suficientemente apasionada ni estaba bastante conmovida en sus profundidades morales para poder leer é interpretar la «palabra divina» sin la mediación del cura de la parroquia, para que esta idea pudiera impulsarle á lanzarse con toda su alma en los furores de las guerras religiosas.

Verdad es que las consecuencias económicas de la supresión de los conventos y de las propiedades de la Iglesia hubieran podido interesarle directamente si hubiera tenido la perspectiva de ser el heredero de los frailes y de los curas, pero pronto se le hizo comprender que siervo adscripto á la gleba había sido en el siglo de San Bernardo y siervo quedaría en el de Lutero y Calvino. Muy popular era el movimiento de la Reforma entre los rurales de Francia en el

segundo cuarto del siglo XVI, pero acabó por serles indiferente cuando se persuadieron de que no habían recibido de él libertad ni bienestar.



Cl. J. Kuhn, edit.

FUENTE DE LOS INOCENTES

esculpida por JUAN GOUJON, de 1547 á 1549.

Cuando la rebelión de 1548, que del Agenés al Poitou y del Sain-tonge á la Marche levantó á los habitantes contra los rigores de la gabela, las divergencias religiosas no tuvieron la menor participación;

ni un solo calvinista parece haber protestado contra el asesinato de miles de campesinos.

Una parte notable de la aristocracia francesa, y especialmente la nobleza del Mediodía, que se beneficiaba en grande con el traspaso de los bienes eclesiásticos, unía sus intereses á los de los «hugonotes» durante las guerras llamadas de religión — que en realidad eran guerras bajo pretexto de religión<sup>1</sup> —, y Francia estuvo dividida, no tanto entre dos cultos como entre dos partidos políticos en lucha por la conquista del poder. Al fin, la guerra religiosa, complicada con matanzas como la de San Bartolomé, se transformó en una guerra dinástica entre la agotada familia de los Valois y la poderosa casa de Guisa. Después, cuando el puñal hubo hecho su obra, primero por el asesinato de Guisa y en seguida por el de Enrique III, los ejércitos protestantes se confundieron con los de la monarquía, convertida en legítima, puesto que Enrique de Navarra, su jefe, tomaba desde entonces el título de rey de Francia. La evolución era completa: los antiguos rebeldes eran á la sazón los defensores del trono, sólo les faltaba hacerse «defensores del altar», lo que sucedió cuando Enrique IV, entrando en aquel París que «bien valía una misa», abjuró por segunda vez el culto protestante. Por un cambio de la opinión que prueba cuán poco los pobres y los oprimidos de las ciudades asociaban sus esperanzas al triunfo de los protestantes, en la multitud de las ciudades la «liga» de los católicos intransigentes halló sus más fanáticos elementos.

Sin embargo, en ese siglo de discordias, de luchas intestinas, de odios y de matanzas, la nación, llena de vida y de empuje, se desarrolló de una manera notable en las ciencias, las artes, la cultura y la bella floración de su lengua. Entonces el Renacimiento italiano se hizo francés, siendo representado por alguno de sus más gloriosos artistas, tales como Leonardo y el Primaticio; entonces también tuvo Francia maravillosos escultores, entre otros Juan Goujon, y el más grande de todos los escritores que en la serie de los siglos ilustraron el hermoso idioma francés, Rabelais, el admirable «abstractor de la quinta esencia». El genio nacional, manifestado durante el siglo XVI

<sup>1</sup> Edm. Demolins, *A-t-on Intérêt à s'emparer du Pouvoir?*

con tanto brillo, atestigua la desorganización del poder en aquella época. Iglesia y monarquía, en sus constantes incertidumbres, no tenían la fuerza necesaria para dominar y amortiguar la nación que por todas partes buscaba una salida á su voluntad de obrar.

Francisco I hubiera querido ejercer su autoridad de una manera absoluta, pero los acontecimientos no le fueron favorables. Primeramente, atraído, como sus predecesores, por la novela de las guerras de Italia, fué allá á alcanzar victorias inútiles y á sufrir irreparables derrotas que le obligaron á implorar el socorro de su pueblo para pagar su rescate. Las guerras casi continuas con Carlos V y, hasta durante las escasas treguas, sus intrigas de rivalidad, le arrastraron á una política contradictoria, quitando



LUTERO

Cl. J. Kuhn, edit.

toda continuidad á sus ideas: viéndose obligado á buscar por aliados precisamente á los amigos de aquellos á quienes perseguía en su propio reino. De esa incoherencia de proyectos y de acontecimientos, á que venía á mezclarse el rechazo de las revoluciones interiores, surgía una situación anárquica propicia á las iniciativas individuales: el genio libre y la alegre fantasía nacían de la impotencia de la monarquía y de la debilidad de la Iglesia.

La división de Alemania en numerosos Estados de inestable equilibrio favoreció el movimiento de la Reforma, que, por lo demás,

hallaba en aquella parte central de Europa su medio natural. Allí fué donde la religión nueva tomó el nombre general de «protestantismo», aplicado todavía al conjunto de las sectas derivadas, hasta á comunidades que, por su dogma, se han evadido del cristianismo; allí tuvo lugar lo más encarnizado de la batalla, tanto en lo referente á la polémica como respecto de la cantidad de sangre derramada: en ninguna parte había de producir el conflicto mayores desastres; pero al principio de la Reforma, cuando su importancia política no era todavía prevista, puesto que el papa León X, un pagano del Renacimiento, no veía en ella más que una «querrela de frailes», la separación de los cultos se hizo sin más ruido que el de la discusión acalorada. No hay duda que Carlos V, el nieto de los muy católicos soberanos Fernando é Isabel, hubiera querido destruir en germen el mundo naciente del cisma, pero, lo mismo que Francisco I, tuvo necesidad, bien á pesar suyo, de plegarse á las circunstancias: por más emperador que fuera, lo era no más que por la gracia de poderosos electores, y el gran arte consistía en oponer los unos á los otros para ganar tiempo y consolidar su poder.

El elector de Sajonia, Federico el Prudente, el mismo personaje á quien Carlos debía la corona imperial, era también el protector de Lutero, y cuando éste, enviado ante la dieta de Worms, se levantó frente á frente del emperador, estaba acompañado de cien caballeros armados. ¡La fuerza contra la fuerza! Tal fué la razón que permitió á Lutero escapar á la suerte de Juan Huss; mas, por fogoso y audaz que fuera el fraile rebelde, y por muchos que fueran sus poderosos amigos para protegerle contra la ira del emperador y del papa, no dejaba de correr grandes peligros, y Federico le prestó el servicio de sustraerle á los efectos de la proscripción, encerrándole durante un año en la fortaleza de la Wartburg, en Turingia, cárcel grandiosa, desde la cual lanzó al mundo sus gritos de guerra contra Roma y sus diatribas violentas y alegres contra todos sus enemigos: allí también comenzó aquella sabrosa traducción de la Biblia al dialecto sajón del alto alemán que, más que todas las obras análogas, numerosas en aquella época, fué acogida por los fieles, fijando así en un idioma sagrado la lengua alemana escrita de una manera definitiva. Cuando Lutero salió de su alta residencia, que había sido

para él casi un Sinaí, un monte Tabor, tenía ya su aureola de poder y de gloria: su prestigio le defendía contra Carlos V, y el culto luterano se constituía tal como se ha conservado hasta nuestros días.

Naturalmente, Lutero hubiera querido detener la Reforma y todo progreso humano que excediera la obra que había realizado: predicaba la abolición de ciertas costumbres que en la Iglesia católica le parecían fuera de la enseñanza directa de las Escrituras: intercesión de los santos, purgatorio y rescate de las almas, confesión auricular y celibato de los sacerdotes; pero no poseía el arte de conjurar los espíritus desencadenados del pensamiento libre y de la rebeldía; no podía detener el curso de ese río desbordado cuyas esclusas había levantado. Por otra parte, las rebeliones eran tanto más inevitables cuanto que el mundo de los campesinos se hacía más desgraciado desde que la sociedad burguesa había comenzado á reemplazar al régimen feudal. La existencia del labrador, tan difícil ya de soportar, se había hecho más intolerable aún y le impulsaba á la revolución por el recuerdo de un pasado menos malo, comparado con la abominable servidumbre que había llegado á ser la regla general.

Un nuevo instrumento de sabia opresión se hallaba en manos de los poderosos, por la substitución gradual del duro derecho romano á los antiguos derechos consuetudinarios<sup>1</sup>. A la mitad del siglo XV, la servidumbre apenas existía más que entre los campesinos eslavos de la antigua Pomerania, en las comarcas que habían reducido á servidumbre los caballeros Teutónicos; había sido abolida durante el impulso de libertad que se hizo sentir al final de la Edad Media. La ley suavia, que prevalecía entonces en toda Alemania, decía expresamente: «Un hombre no debe pertenecer á otro hombre»<sup>2</sup>. A partir de la Reforma, la servidumbre volvió á ser ley, al menos en Alemania. Las rebajas de los salarios, impuestas á los servidores y á los pastores por las ordenanzas legales, encaminadas á restablecer prácticamente la servidumbre, datan todas de la mitad del siglo XVI: en la misma época, es decir, después del establecimiento de la «Re-

<sup>1</sup> Richard Heath, *Anabaptism*, p. 9.

<sup>2</sup> J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 267.

forma», los colonos se vieron obligados á dejar servir sus hijos en casa de los señores, ya gratuitamente, ya en cambio de pagos ficticios ó irrisorios.

La resistencia al poder del Estado, de los señores y de los burgueses urbanos no había cesado de producirse sobre diversos puntos, pero esas rebeliones parciales, vago rudimento de revolución social, debía tomar naturalmente forma religiosa, sin la cual no se imaginaba todavía posible la existencia de una sociedad. Todas las tentativas de transformación que tomaban ese carácter cándido de la confianza en Dios y en los santos, presuponia por esto mismo en principio la fatalidad de la derrota, puesto que las potencias de lo alto tienen siempre intérpretes que participan de la infalibilidad, como consecuencia del poder celeste, y esos intérpretes están siempre dispuestos á atribuirse esencia divina.

En la larga serie de las insurrecciones agrarias que se sucedieron en Alemania, recuérdese sobre todo la de Pfeifers-Hänslein, Juanito Fluteux, á quien se le apareció la madre de Dios en 1476, en Niclashausen, en el Wurtemberg, ordenándole anunciara la fraternidad de los hombres, la abolición de toda autoridad temporal ó espiritual y el deber para cada uno de ganar su pan por el trabajo; pero, capturado pronto, el pobre Juanito fué decapitado ante las risas groseras de aquella multitud que quiso hacer libre.

Poco después los señores tuvieron que hacer nuevas matanzas de campesinos en la baja Germania del noroeste. Unos desgraciados, agotados por las servidumbres y los impuestos, se rebelaron tomando por símbolo «el pan y el queso», modesta reivindicación, porque eso era lo que necesitaban para vivir: de ahí el nombre de *Kase-Brüder* bajo el cual se les conoce en la historia. Ese movimiento fué para la nobleza y el clero una ocasión para aumentar sus privilegios, no sólo volviendo á la servidumbre á los *Kase-Brüder* librados del verdugo, sino también privando á los palustres holandeses y á los Frisones de todas las franquicias tradicionales que la cintura de los pantanos del litoral les había asegurado hasta entonces; fué aquel un gran triunfo del feudalismo en los últimos años del siglo xv.

Durante las décadas siguientes corrió todavía con abundancia la sangre de los campesinos alemanes. Una insurrección más seria que

las precedentes, y menos embarazada con signos religiosos se propagó rápidamente desde la Alsacia y la Suavia á las comarcas vecinas. Los campesinos tomaron por enseña el zapatón del labrador por contraste con la bota con espuelas del gentilhomme, y ese *Bundschuh* ó «Zapato de la Alianza» hizo temblar frecuentemente á la nobleza y al clero, cuerpos parásitos de la sociedad de la época. Se



Cl. G. Jagemann,

CÁMARA DE TRABAJO DE LUTERO EN LA WARTBURG

temía sobre todo que, siguiendo el ejemplo de la tentativa hecka en 1523 por Franz von Sickingen y Ulrich von Hutten, se formase una liga política entre los campesinos insurrectos de Alemania y sus vecinos los Suizos, que se habían desembarazado ya de sus señores y se hallaban en lucha con los burgueses de las ciudades. En diversas ocasiones se vieron, en efecto, montañeses suizos unidos con los campesinos suavios, pero la alianza no era duradera, porque las gentes del cayado y del arado habían ya tomado la costumbre de venderse para vestir la armadura de guerra. Los señores combatieron á los campesinos rebeldes lanzando contra ellos otros campesinos, los *Landsknechte*, lansquenetes, que tenían el derecho de robo, de rapiña y de asesinato.

Por otra parte los campesinos, hasta levantándose contra sus amos, eran tan dulces, tan humildes y tan respetuosos con los privilegios antiguos, tan deseosos estaban de hacer de nuevo la paz, que su falta de audacia les condenaba de antemano á la derrota. Como lo decía uno de sus refranes, «no podían curarse de los curas ni de los nobles», de tal modo que durante la guerra, solían confiar la dirección de sus asuntos, no á campesinos como ellos, sino á caballeros, casi todos traidores futuros. ¡Cuán modestas eran las reclamaciones contenidas en sus «doce artículos», que la nobleza de la época acogió con tanto furor!

»Cada municipio debe tener el derecho de escoger un pastor y de destituirle en caso de indignidad.

»Cada municipio debe pagar el diezmo ordenado por el Antiguo Testamento, pero no debe pagar ningún otro.

»Queda abolida la servidumbre, porque no concuerda con la redención del hombre por Jesucristo; pero la libertad cristiana no impide la obediencia á la autoridad legítima.

»La caza, las aves y los peces de agua corriente pertenecen á todos.

»La propiedad de los bosques volverá de los señores al municipio.

»La servidumbre personal no es permitida, porque es preciso conformarse á los usos antiguos.

»Los señores no pueden exigir de los campesinos más que los servicios establecidos por contrato; todo aumento de trabajo será pagado con una cantidad legítima.

»Cuando los bienes están de tal modo recargados de impuestos que el trabajo no da beneficio al cultivador, la tasa del alquiler debe reducirse mediante arbitraje de hombres honrados.

»Las multas judiciales no deben aumentarse arbitrariamente, sino que se seguirán las antiguas costumbres.

»El que se haya apoderado injustamente de los bienes comunales queda obligado á devolverlos.

»El impuesto que se llama «caso de la muerte» (*Sterbfall*) debe suprimirse como robo odioso á las viudas y á los huérfanos.

»Anularemos cualquiera de los artículos precedentes si se nos prueba que está en desacuerdo con el espíritu de la Santa Escritura,

pero nos reservamos ampliarle, si nos parece conforme con la Escritura y con la verdad».

Tales eran las justas aunque insuficientes reivindicaciones de los campesinos «hermanos», y si los reformadores hubieran tenido respecto de ellos el menor sentimiento de equidad, hubieran debido hacer causa común con ellos, en lugar de aliarse con los señores y condes palatinos. Enfrente de aquellos desgraciados que exponen sus quejas con tanta moderación, se ve claramente que la religión nueva, á pesar de proclamar la libertad de interpretar la Biblia, tenía pocos puntos de contacto con la idea de la libertad en sí, y que, por el contrario, prefería colocarse al lado de los fuertes contra los débiles, de los ricos contra los pobres, de los propietarios contra los comunistas que comenzaban á levantarse en diversos puntos en masas compactas, sobre todo en Turingia, en Sajonia, en Hesse y en la Suavia. Lutero, fuera de sí á la vista del león popular, desencadenado por él mismo según la acusación de sus enemigos, puso toda su elocuencia y todo su furor al servicio de los príncipes feudales para reconducir la multitud á la servidumbre tradicional. «Si yo pudiera hacer que recayera la responsabilidad sobre mi conciencia, aconsejaría y ayudaría para que el papa, con todas sus abominaciones, volviera á ser nuestro amo, porque el mundo quiere ser conducido así por leyes severas y por las supersticiones»<sup>1</sup>. Pero lo que Lutero no osó hacer dirigiéndose al papa, de quien había renegado, lo hizo invocando los príncipes que había asociado á su rebeldía contra la Iglesia, y lo hizo en un lenguaje atroz: «Como los arrieros, que han de caminar siempre montados sobre sus animales, porque de lo contrario éstos no andan, así el soberano debe empujar, pegar, estrangular, ahorcar, quemar, decapitar y poner en el torno al pueblo, *Herr Omnes*, para que éste le tema y se someta á la brida». «Magullad, estrangulad, acuchillad, en secreto, en público y como podáis, recordando que nada puede ser más venenoso que un hombre rebelde. Hay príncipe inquieto y enérgico (*aufdröhisch*) que gana antes el cielo por la matanza que por la oración». Y los consejos del «reformador» fueron seguidos al pie de la letra.

<sup>1</sup> Citado por Hartmann, *Religion de l'Avenir*.

De ello se glorificó después: «Yo, Martín Lutero, por mi parte he matado los campesinos, porque he mandado herirles de muerte; su sangre corre sobre mi cuello; pero yo me descargo de esta responsabilidad sobre Dios nuestro señor, que hubiera mandado hablar como he hablado»<sup>1</sup>.

Cuando los campesinos de Waldshut, cerca de la frontera helvética, desplegando la bandera negra-roja-oro, el 24 de Agosto de 1524, decidieron fundar la fraternidad «evangélica» de los campesinos, llevando la «guerra contra los castillos, los conventos y los curas», después de luchar sin tregua hasta la liberación de todos los hermanos sujetos á servidumbre en el imperio, el espanto fué general en el mundo de los señores. Reuniéronse poderosas hordas en Marzo de 1525, varios nobles imploraron el favor de ser recibidos entre los «hermanos», muchas ciudades se aliaron á los campesinos confederados, y éstos llegaron á ganar victorias en batalla campal contra los caballeros y sus mercenarios. Pero cuando se vió que los campesinos no se atrevían á aprovecharse de sus triunfos y se proclamaban siempre leales y fieles súbditos del emperador, los señores recobraron ánimo y su furor se aumentó en proporción del miedo que habían tenido. La represión fué terrible, y las matanzas y los tormentos no hubieran cesado si á pesar de todo los señores no hubieran necesitado criados, siervos y soldados. Eso es lo que los amigos de Casimiro de Brandeburgo le hicieron observar cuando había asesinado ya á quinientos de aquellos desgraciados: «Pero si matamos á toda nuestra gente, ¿dónde encontraremos otros campesinos para vivir sobre ellos?» Se contentaron, según el obispo de Spira, con sacrificar unos cincuenta mil, ¡pero con qué furiosa alegría se lanzaron sobre los rebeldes inteligentes que habían tenido conciencia de su obra, como Tomás Munzer! ¡Con qué refinamiento de voluptuosidad se rompieron sus huesos y se vertió gota á gota su sangre en las cámaras de tormento!

Y sin embargo, la lógica de los acontecimientos impulsaba hacia una libertad práctica absoluta á los hombres á quienes el protestantismo, á pesar suyo, había concedido la libertad de examen. Entre

<sup>1</sup> Tischreden, edición Reclam, p. 194.

N.º 378 Teatro de la Guerra de los Campesinos.



1 : 3 000 000

0 50 100 200 Kil

Las localidades marcadas con un punto negro recuerdan un buen éxito de los campesinos rebeldes; más de mil palacios fueron destruidos de centenares de ciudades que fraternizaban con los insurgentes.

Los puntos abiertos designan los lugares de derrotas y de matanzas: Leipzig, 4 Abril; Frankenhäusen, 15 Abril; Saverne, 17 Mayo (20,000 víctimas); Eppingen, 27 Mayo 1525.